

REVISTA GADITANA.

Número 30.

REFLEXIONES

SOBRE LAS DOCTRINAS FRENOLOGICAS

Del Dr. Gall.

ARTICULO SEGUNDO.

El Dr. Gall, segun él mismo nos refiere, advirtió, desde sus primeros años, cuan poco aprovechaban para el conocimiento del hombre los sistemas de los filosofos acerca de su inteligencia y de su voluntad. A la manera de Reid buscó en el sentido comun la luz que en vano habia esperado de los principios de la metafisica; y así como el célebre fundador de la escuela escocesa infirió del hecho de haber en los idiomas palabras distintas para expresar el estado pasivo y el activo del alma, que los hombres siempre habian distinguido estos dos estados, y que su confusion nacia de las pretensiones de los inventores de teorías filosoficas; él por su parte, observando tambien que cuando en las conversaciones familiares se queria encarecer la habilidad de alguna persona para la música, ó su facilidad para hacer versos, se decia que aquella persona habia recibido del Cielo *el don de la memoria*, ó *el de la poesia*, hubo de vacilar acerca de la certidumbre de las clasificaciones de facultades intelectuales y

morales consignadas en los libros. Prosiguiendo sus observaciones y experimentos, vino al cabo á parar á la conclusion de que he tratado en el primer artículo: «las denominadas facultades por los ideólogos no son mas que cualidades accesorias de las verdaderas facultades primitivas.»

Para determinar cuales sean estas se ofrecian dos métodos. Averiguar cuantos aparatos nerviosos hay en el cerebro, y que facultad se ejercita por cada uno de ellos, ó fijar el número de las facultades, y asignarles en seguida á cada una su aparato nervioso correspondiente. El primero de estos métodos no era practicable; porque ni los órganos del cerebro están separados de manera unos de otros que pueda distinguirseles, ni dado caso que se venciera esta dificultad, sería jamas posible que la simple inspeccion de cada uno de los órganos diese á conocer la facultad de que es instrumento.

Hubo pues de adoptar el segundo; y examinando atentamente las cabezas de aquellas personas en quienes el instinto del vulgo descubria algun talento, prenda ó vicio especial, logró determinar 27 facultades fundamentales, con sus órganos cerebrales distintos.

Diez y nueve son comunes al hombre y á los animales; las ocho restantes son exclusivas y características de nuestra especie.

Cuéntanse entre las primeras, el ins-

tinto de la propagacion, del amor maternal, de la amistad, de la propia defensa, del instinto carnicero, de la astucia, de la propiedad, del orgullo, de la vanidad, de la circunspeccion, de la capacidad de recibir educacion, el de conocer la situacion respectiva de los lugares, el de conservar presentes los nombres de las personas, el de acordarse de las palabras, el de aprender idiomas, el de conocer las relaciones de los colores, las de los tonos, las de los números y el instinto mecánico.

Las ocho especiales del hombre son: el organo de la sagacidad comparativa, el espíritu metafísico, el satírico, el talento poético, el instinto de la bondad, el de la imitacion, el de la firmeza y el sentimiento religioso.

Para dar alguna muestra del modo de discurrir que le trajo á estos resultados, apuntaré las observaciones relativas al talento poético. En los pueblos salvajes, dice, solemos ver composiciones poéticas tan acabadas, que la critica mas estremada no sabe que tildar en ellas. Pope escribió á los 12 años una oda sobre la vida del campo, que los ingleses prefieren á las mejores de Horacio: el Tasso hacia versos á los 7 años: y Metastasio á los 10: ademas de estos ejemplos citados por Gall, podrian añadirse el de Calderon, que se cree tenia ménos de 14 años cuando escribió su primerr comedia; y el de Lope de Vega que segun decia de si mismo,

y yo las escribí de once y doce años
de á cuatro actos y de á cuatro pliegos;
porque cada acto un pliego contenia.

Si fuese la poesía fruto sazonado del cultivo de todas las facultades de la mente ¿como se esplicarian las brillantes imágenes que embellecen las arengas de los salvajes, y los ejemplos de precocidad citados?

Por otra parte, es harto sabido lo que

Ovidio cuenta acerca de su irresistible vocacion al culto de las musas: otro tanto aconteció al Petrarca, á Cervantes, á Moliere y á Boileau; todos ellos se desviaron de la senda que les presentaba la fortuna; y obedecieron al impulso que los arrastraba á versificar: ¿es posible que este impulso naciese de combinaciones esquisitas de varias facultades, cuando apenas habian tenido estas tiempo de comenzar á manifestarse?

Por fin, Mr. Pisiel, en su tratado sobre la enagenacion mental, refiere tres ejemplos, que disipan toda duda en esta materia. Un demente anciano que habia sido literato, apenas se le recitaban ciertas poesias, con que otras veces se habia deleitado, su atención y su juicio recobraban el vigor perdido, y como si por aquellos momentos le hubiera devuelto el Cielo el uso de su entendimiento, hacia versos llenos de imaginacion, y buen sentido.

Una jóven nerviosa que solia padecer accesos violentos de delirio, hablaba en verso mientras estaba enagenada, y Van-Swieten cuenta de una muger, que, ocupada toda su vida en tareas mecánicas y sin cultura de ninguna especie, mostraba una rara habilidad para hacer versos, durante ciertos accesos de mania que frecuentemente le aquejaban: es tambien notorio, que el mismo Tasso componia sus mejores versos en un estado semejante.

Sin una facultad especial para la poesía que en Lope, Ovidio y los demas poetas que he referido, se ofrece á nuestra contemplacion de un modo tan evidente, no fueran concebibles estos hechos. En cuanto á las señales del cráneo refiere, que llegó á distinguir las, examinando las cabezas de algunos poetas contemporáneos y los bustos de otros muchos antiguos y modernos: no es de este lugar el apreciar el valor de semejantes indica-

ciones; el calificarlas pertenece solo á los profesores de medicina: pero sí lo es el advertir, que admitiendo la existencia de una facultad especial en los poetas, no desconozco la imprescindible necesidad que tiene todo el que siente arder en su pecho el fuego de la poesia, de estudiar con detenimiento los grandes modelos que nos ha dejado la antigüedad, y los que nos proporciona la época transcurrida desde el renacimiento de las letras hasta nuestros días: considero tambien como indispensable el estudio del idioma nacional, porque, para transmitir á los demas sus conceptos, ha menester el poeta las palabras, como el pintor los colores; y si se vale de locuciones estrañas, ó de voces de ingrato sonido, no podrán ménos de perder parte de su merito sus mejores pensamientos y sus mas brillantes imágenes: en suma, creo que esta facultad es capaz de perfeccion, y que necesita de las otras facultades para no estraviarse: mas tengo tambien por cierto que cuantos esfuerzos se empleen serán vanos, si falta lo inspiracion que sujere al alumno de las musas sus ideas y sus afectos: el arte enseñará los rasgos que ha de tener la pintura de una pasion ó de un suceso; pero no alcanza á suplir la falta de ingenio, para dar con esos rasgos en la congetura precisa en que quisiéramos hallarlos; cuando Lope, en el libro 7.^o de su Jerusalem, trata del consejo tenido por Luzbel para impedir el arribo á Palestina, y despues de decir, que á su voz alzaron la frente los siete pecados capitales y de describirlos, añade;

«y solo la pereza

«no levantó del suelo la cabeza,»

¿qué regla sino su felicisimo ingenio pudo sugerirle un modo tan característico, tan conciso, de presentar este vicio abominable bajo una imagen sensible? ¿basta acaso saber que se llama pintura de persona ficticia el personificar así los se-

res morales, para que luego ocurran á la fantasia medios tan esquisitos de hacerlo que la definicion enseña?

No debe olvidarse tampoco, que el órgano cerebral de que habla Gall, tanto respecto del talento poético, como del espíritu metafísico, y todos los que se refieren á las facultades intelectuales y morales del hombre, son no mas que instrumentos ó, por mejor decir, condiciones materiales para que estas se ejerzan: pero que ninguno de sus curiosos descubrimientos es capaz de dar ni la luz mas leve acerca de la parte espiritual de nuestras ideas.

Así por ejemplo, en el caso mencionado, la disposicion particular del cráneo podrá inducirnos á pensar, que hay en una persona determinada aptitud para la poesia; ¿mas qué relacion existe entre el sentimiento de la belleza, toda ideal y tan independiente de los sentidos, que en vez de modelarse por las impresiones que por estos recibimos, pugna al contrario, por desterrar las imperfecciones que los objetos nos presentan y acomodarlos á lo que concibe como mejor, y una forma cualquiera del cérebro? De que el pintor necesite de ojos para recojer los destellos de belleza que esparció el Criador en sus obras, ¿se inferirá que las virgenes celestiales de Rafael, ó Murillo, á quienes no se encuentra modelo en la naturaleza, se deben á la escelencia de la retina, ó del nervio óptico, con que dotó la naturaleza á estos célebres artistas? A ser tal cosa cierta, serian pintores estremados los que ven mejor: sin embargo, la esperiencia cotidiana nos enseña que no es así como sucede; debemos pues, ceñirnos á considerar la *organología* del Dr. Gall, como una série de indicios mas ó ménos seguros para acertar las dotes del entendimiento, ó las prendas morales de los hombres, sin incurrir en el error grosero de creer, que

el espíritu pueda jamás explicarse por el mecanismo de la organización.

Pero se dirá tal vez, que teniendo por innatas tanto las buenas como las malas inclinaciones, esta doctrina nos hace propender al fatalismo: respóndese á semejante argumento, que no solo las escuelas filosóficas, sino los mismos Santos Padres de la Iglesia, han creído siempre, que el hombre no era dueño de crear sus talentos ni sus cualidades morales: San Agustín decía, que del mismo modo que nadie puede darse á sí propio la vida, tampoco puede nadie escoger entendimiento: y San Cipriano, que no debemos engreirnos con nuestras cualidades, porque no son obra nuestra: mas todavía; el Evangelista San Mateo asegura, que del corazón proceden los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, los robos, los falsos testimonios y las blasfemias; y San Pablo, en una de sus epístolas, dice: en este mundo nacemos con nuestras tentaciones y la carne nos impele á veces á hacer buenas obras, y á veces á hacerlas malas: y en otra: cuando quiero hacer el bien, hallo en mí una ley que á esto se opone, porque el mal reside en mí. Sin embargo, todos reconocieron, que el hombre era responsable de sus acciones, porque la verdadera libertad consiste, en escoger entre los varios motivos de obrar que se nos presentan, el que nos parece preferible; y porque, si nacen con nosotros inclinaciones que nos arrastran al mal, también es inherente á nuestra naturaleza la conciencia, que de continuo nos advierte cuando nos desviamos del deber. Por otra parte, el decir que los vicios de que adolece la humanidad son efecto de causas exteriores, y no innatos, aprovecharía muy poco para la libertad moral; pues no se infiere de que el impulso que nos pone en acción nazca de un principio interno, ó de una cau-

sa exterior, el que sea ó no irresistible: la verdadera noción de la libertad se funda en el íntimo convencimiento que tenemos de que está en nosotros el querer una cosa mas bien que otra; y acaso porque á ciertas condiciones de la organización correspondan afectos determinados, ¿hemos de inferir, que no pueden resistirse? Es un hecho vulgarísimo el que los hombres tienen varios gustos y facultades, y que su vocación es á veces tan decidida, que su energía vence los obstáculos todos que se le ofrecen: á este hecho ha añadido el Dr. Gall algunas observaciones, que persuaden la opinión de que, á la variedad de talentos y de inclinaciones, corresponde la de los órganos que les sirven de instrumentos; ¿en qué altera este nuevo concepto los términos de la cuestión acerca del libre albedrío? ¿cómo podría concebirse la libertad, sin la lucha de las leyes de nuestra naturaleza, unas con otras?

También se ha imputado al Dr. Gall, el que su doctrina propende al materialismo: para justificarle de este cargo, citaré las juiciosas reflexiones de Danuron, á quien sin duda no se tachará de aficionado á los sistemas que pretenden explicarlo todo por las leyes del mundo físico.

Observa, en su ensayo sobre la historia de la filosofía en Francia en el siglo XIX, que por lo mismo que Gall divide y multiplica tanto los órganos cerebrales, es preciso que admita la unidad del yo: nunca se ve, dice, con mas evidencia la tal unidad, que cuando son varios los instrumentos de que se vale el alma, puesto que solo una sustancia espiritual puede explicar el concierto y la armonía que advertimos entre funciones tan diversas. A esta reflexión del historiador ecléptico, pueden añadirse otras consideraciones: para concebir la libertad que Gall, lo mismo que los es-

piritualistas atribuye al hombre, es condicion necesaria un espíritu dotado de inteligencia, que, dueño de sí mismo, pueda moderar la acción de los órganos, por medio de los cuales ejerce sus facultades.

Segun su doctrina, tiene atractivo para el hombre aquel estudio, ó aquella pasión, á que le inclina con preferencia su naturaleza, y repugnancia á las tareas y placeres para que no tiene aptitud: este hecho solo muestra, que el espiritualismo es la base necesaria de su sistema; porque la preferencia y la repugnancia no podrian verificarse de otro modo: solo en un ser inmaterial caben á un tiempo mismo afectos encontrados: por otra parte, la estructura maravillosa de la mano del hombre se ha aducido, por mas de un filósofo, como prueba de la existencia de Dios: Ciceron, en su libro de *natura deorum*, enumera los infinitos servicios que debemos á este maravilloso instrumento, haciéndonos notar de continuo los profundos designios de la Providencia, que así lo formó todo adecuado para los fines de la creación. Aristóteles asegura, que el hombre no es superior á los otros animales porque tiene manos; sino que las tiene por ser superior á los otros animales: Platon cita tambien la estructura del cuerpo como testimonio de la inteligencia divina.

Los descubrimientos del Dr. Gall, en vez de menoscabar estas pruebas, no hacen mas que darles nueva fuerza; si del mecanismo particular de la mano, ó del de los órganos de los sentidos, se han sacado argumentos en favor de la Providencia, y por consiguiente del alma humana, ¿como podrá inducirnos al materialismo el hallar en el cerebro otros órganos que ántes se habian ocultado á nuestra vista? De que el alma no pueda percibir los colores y la figura de los objetos, sin las impresiones que los rayos de la luz

hacen en la retina, ¿se infirió nunca, que el hombre fuese solo materia? y si del hecho de tener cinco órganos especiales, distribuidos sabiamente para que lograse cumplir el fin á que el Cielo le destinaba, se ha deducido la espiritualidad del alma, ¿no sería una estraña inconsecuencia el ponerla en duda, porque ha subido á 27 el número de estos órganos? ¿qué argumento de los que ahora se traen para persuadir la propension al materialismo de la nueva doctrina, no pudiera usarse con el mismo éxito contra la que admite la pluralidad de los sentidos?

En estos últimos tiempos se ha reconocido, que las verdades del mundo físico, recogidas por la ciencia, no solo no menguaban los fundamentos de la fé cristiana, sino que los robustecian: la astronomía, y recientemente la geología, no dejan duda de la exactitud de esta observación: lo propio habrá de suceder con el sistema de que ahora tratamos; y si por un momento se fija la atención en la sociedad en que vivimos, se echará de ver, cuan variada era menester que fuese la esfera de los talentos y de las inclinaciones humanas, para que nuestras necesidades físicas y morales se mirasen satisfechas: naciendo todos con igual aptitud para la poesía ó para las sublimes especulaciones de la metafísica, ¿quién se prestaría á descender á los minuciosos pormenores de la mecánica? y si todos se sintieran impelidos hácia un mismo fin, ¿qué sería de los otros fines, necesarios para nuestra existencia?

El Cielo repartió sus dones con tino maravilloso; hubo de conceder á unos el valor, á otros la destreza, y á otros la inclinación al estudio; nada mas natural que repartir del mismo modo los instrumentos materiales de estos dones; ciegos es preciso estar para no ver la mano de la Providencia donde mas res-

plandece su profunda sabiduría.

Vese, pues, que los hechos de conciencia, aquellos que solo se esplican por la espiritualidad del ser que siente y piensa, no se alteran en lo mas minimo, por los descubrimientos del Dr. Gall en la region del cérebro; y que los principios por él admitidos, en manera alguna propenden al fatalismo, ni al materialismo, puesto que, corroboran las nociones de libertad admitidas por los filósofos y por los Santos Padres, y así debia acontecer, porque no es posible que siendo una la verdad, los destellos que por intervalos se desprenden de ella para iluminar la mente humana, se ofusquen unos á otros.

Con esto quedan resueltas las dos cuestiones que propuse al fin de mi primer artículo.

Si se considera el sistema con relacion á la práctica, advertiremos tambien, que sirve de nuevo fundamento á la educacion, á las leyes y al gobierno; porque si es cierto que las inclinaciones y los talentos del hombre son innatos, y que ántes de resolverse á obrar se encuentra impulsado hácia opuestos fines por la variedad de sus facultades, ¿no habrá de deducirse como consecuencia forzosa, que es menester atraerle al bien, ora cultivando su mente, ora imponiendo penas á sus extravíos?

Así, en vez de mirar á los hombres como si todos hubieran nacido con idénticas facultades y pasiones, han de tenerse en cuenta, lo mismo para darles educacion que para correjirlos, las disposiciones con que vinieron al mundo; la variedad de gustos es indicio seguro de la de aptitudes: ántes de fijar la suerte de la criatura debiera investigarse el destino á que le inclina su vocacion: de este modo no viéramos dedicados á las ciencias tantos á quienes la naturaleza no habia formado para las tareas mentales.

Tampoco se verian leyes criminales encaminadas solo á fijar en abstracto las acciones nocivas, y señalarles penas, sin acordarse de las circunstancias especiales que pueden concurrir en los reos: en suma, no hay institucion alguna de las que ha traído el progreso de los conocimientos humanos, que no se mejore y se arraigue con la aplicacion de estos principios.

TOMAS GARCIA LUNA.

ELISA Y ALFREDO.

II.

CONCLUSION.

Hallábase Elisa entregada á la mayor afliccion, y habia pasado una noche muy terrible y desasosegada, cuando por la mañana temprano recibió la siguiente carta de Alfredo.

«Angel mio, aun me encuentro delirando, pues siento mi mano humedecida con tus lágrimas, lágrimas secretas precursoras de un perdon que te ruego me confirmes. No he podido sosegar ni un solo momento conociendo que dudabas de mi amor y que me juzgabas ingrato. ¡Ah! no Elisa, no lo seré jamas, y voy á confesártelo todo. Quise vengarme de tí y los celos me hicieron criminal, pues vi que escuchabas lo que te decia el conde, y aun que lo recibias con sonrisa, de manera, que así como yo me justifico, es necesario que tú tambien lo hagas, pues la compañera de Alfredo, no solo debe ser pura, sino que debe parecerlo tambien. Por vengarme de tí, me dirigí á Enriqueta, mas te pido perdon y te juro que me es tan indiferente como todas las demas; que tú eres el único objeto que adoro, y que sin tí me seria la vida insoportable. Preciso es que te diga que sufrí mucho al verte agarrada al conde, y á este apretar sobre su pecho tu brazo encantador, que yo hubiera disputado al universo entero; te observé por mucho tiempo, sin que tú me vie-

ses, y al fin, lleno de rabia, de celos y desesperacion, quise vengarme, y no sé lo que hice; mas puedes estar segura de que el fuego que me consume, solo le siento por tí, y que para mí sería despreciable la vida, si tú no fueses mi ángel consolador. Adios, Elisa mia, adios.»

Al leer esta carta, derramó Elisa copiosas lágrimas; pero lágrimas de placer, pues su Alfredo estaba ya justificado y volvía á ver en él al ser sublime á quien siempre habia amado. Apresuróse á escribirle, diciéndole que su carta la hacia la muger mas feliz, pues quedaba completamente justificado; que si habló con el conde, habia sido únicamente para impedir un desafio que temia; pero que le aseguraba, que nunca mas la volveria á causar pena, pues solo á él queria repetir eternamente las palabras «te amo.»

La madre de Elisa instaba sin cesar á su marido para que desbaratase su matrimonio con el conde; pero él se mantenía inflexible, y conociendo que nunca cederia á sus ruegos, empezó á alterarse su salud hasta que cayó peligrosamente enferma, pues amaba con delirio á su hija, conocia su tierno corazon, y no podia ver sin horror su desgracia. Elisa no se separó de ella ni un momento, prodigándole los mas tiernos cuidados; mas todo fué inútil, y conociendo que se acercaba su hora postrera, ántes de morir, hizo que su marido le prometiese que no obligaria á Elisa á que se casara con el conde, hasta que hubiesen pasado seis meses despues de su muerte, que en todo ese tiempo no la precisaria á verle, y que convidaria á su entierro á Alfredo y á su padre. El Sr. de Meudon no tuvo ánimo para negar en aquellas circunstancias, y lo prometió todo; su esposa espiró á las pocas horas, y fué enterrada, conforme á su última voluntad, en una capilla que habia en el jardin de la cosa. Elisa, entregada á la mayor afliccion, no quiso dejar de acompañar hasta la sepultura el cadáver de su madre, yendo vestida de negro, con el cabello suelto por la espalda, y pálida como la difunta; pero su mismo aspecto melancólico y triste la hacia todavía mas interesante. Alfredo, vestido tambien de negro, seguia al acompañamiento y la contemplaba con amor y tristeza; pero Elisa, entregada totalmente á su pesar, parecia que á nadie veia.

Temiendo su padre que la delicada sa-

lud de la jóven no pudiese resistir á tanto pesar, resolvió trasladarse á otro punto y permanecer allí seis meses; el conde se quedó en la ciudad, y Alfredo marchó á la guerra con el intento de hacerse mas digno de su Elisa, seguro de que en seis meses no habian de importunarla. El Sr. de Meudon, fiel á la promesa que habia hecho, jamas hablaba del conde á su hija y la trataba con la mayor ternura; mas eso no evitaba que ella viviese sumergida en la melancolia mas profunda, y su salud se iba alterando visiblemente, y el único consuelo que tenia era el de recibir las cartas de Alfredo y escribirle. Conocia que este se hacia cada dia mas digno de su amor, y todo se lo confesó al padre Anselmo, que conociendo al fin su corazon, hacia cuanto le era posible para desbaratar el casamiento con el conde; mas el señor de Meudon nunca quiso ceder.

Pasados los seis meses volvieron á la ciudad, donde ya se hallaba Alfredo. Al dia siguiente de haber llegado, fué Elisa á dar un paseo con su padre, y se apeó del carruaje para hacer algun mas ejercicio; pero apenas podia andar segun se sentia débil y abatida. Encontraron casualmente á Alfredo que vino á saludarles, y Elisa se puso un momento encarnada; mas inmediatamente volvió á su acostumbrada palidez. Encontróla Alfredo siempre hermosa; pero ¡cuán diferente de lo que era algun tiempo ántes! Ya no brillaban en ella la juventud y el verdor, y no parecia sino la sombra de Elisa. Como aquella escena la conmovió interiormente, apenas pudo andar mas, por lo que su padre la obligó á entrar en el coche, y poco tardó Alfredo en perderlos de vista.

Pocos dias despues, el Sr. de Meudon llamó á su hija y le dijo, que de allí á un mes, es decir, á fines de Enero, daria su mano al conde; que fuese dejando el luto y se preparase á recibir al conde, que aquel mismo dia le presentarian como su futuro esposo. No pudiendo Elisa soportar la sorpresa y el dolor, se desmayó; mas su padre llamó á los criados y dejándola en sus brazos se retiró. Volvió Elisa en sí, y vió con pesar que su destino iba al fin á completarse; pero tenia el consuelo de conocer que su muerte estaba muy próxima. Escribió á Alfredo contándole todo, y prometiéndole que jamas sería del conde, y Alfredo escribió tambien á Elisa pidiendo le propor-

cionase una ocasion de hablar y combinar lo que debian hacer. Ella se lo prometió; mas le decia no podia ser por el momento, y entretanto los dias iban pasando y haciéndose todos los preparativos para la boda. Elisa parecia que lo miraba todo con indiferencia, triste pero resignada, y su padre al verla tan desmejorada y melancólica, sentia como un remordimiento; mas despues se decia á sí mismo. Luego que se cesen las distracciones la restablecerán y la harán olvidar todo.

Alfredo escribia sin cesar á Elisa, rogándole le proporcionase una ocasion de hablar; pero ella siempre respondia: *aun no es tiempo*, pues habiendo consultado consigo misma, estaba cierta de que le restaban muy pocos dias de vida y que el dolor habia marchitado la flor de su existencia en la Primavera de la vida. El dia ántes del señalado para su casamiento, escribió á Alfredo, que á las dos de la noche podria hablarla junto á la capilla en que estaba el sepulcro de su madre, y confesó su secreto al abate Anselmo, diciéndole que sabia que iba á morir y por eso deseaba hablar con Alfredo para pedirle que siempre respetase á su padre; rogóle que nunca abandonase á aquel, y que le protegiese y aconsejase; y le aseguró que despues de hablar con Alfredo volveria á su casa para recibir la bendicion de su padre, y estaba persuadida de que en seguida moriria. Llegáronse de lágrimas los ojos del buen anciano, que confesó á Elisa, le dió su bendicion, y la acompañó al cuarto de su padre, á quien de rodillas pidió ella que le hechase la suya. Hizolo así aquel, y le dió un amoroso beso en la frente. ¡Desdichado! No sabia que no habia de ver mas á su hija viva.

Retiróse Elisa, rogando al eclesiástico que se quedase acompañando á su padre, y se dirigió al sitio de la cita.

Cuando Alfredo recibió la carta de Elisa, creyó que, no teniendo ya otro remedio para librarse del odiado himeneo con el conde, estaba resuelta á huir de su casa, y lo preparó todo para este fin; sin embargo, su corazon le presagiaba que Elisa, la pura Elisa, nunca haria una cosa semejante, y se encaminó al sitio señalado, con el corazon traspasado de dolor. Halló á Elisa puesta de rodillas y en oracion delante de la capilla, vestida de blanco, con un velo en la cabeza, y exactamente lo

mismo que la primera vez que la vió; ¡pero qué diferencia! Entónces estaba Elisa llena de vida, y prometiendo amor y ventura; hoy era solo su propia tumba! y parecia un ángel que iba á dejar la tierra para volar á su patria el Cielo. Acercóse Alfredo, y Elisa mirándole con ternura, le dijo; arrodillate y ruega por el alma de mi madre; obedeció Alfredo, y ella continuó; ahora por la mia... y por la tuya.

¡Come! exclamó Alfredo. ¿Qué piensas, Elisa? ¿Tú, llena de vida?....

Mírame con atencion, Alfredo mio, y dime si puedo vivir.

Observóla con atencion y como aterrado, y Elisa prosiguió; no te aflijas, Alfredo; sé que voy á morir, y por eso te di esta cita.

No pronuncies tales palabras. Ven conmigo; todo está dispuesto para fugarnos y la felicidad de que vés á gozar te volverá la salud y la vida.

Alfredo ¿estás loco? ¿Qué hablas de vida ni de felicidad? ¿No te dije hace mucho tiempo que la dicha no podia habitar junto al crimen? Oyeme lo que te voy á decir, mientras me queda alguna fuerza, y prométeme obedecer. Respeta siempre á mi padre; perdona al conde todo el mal que nos ha hecho, sujeta tus pasiones, y solo así podrás unirme para siempre á tu Elisa. Voy al Cielo á rogar por tí.

Cansada del esfuerzo que acababa de hacer se sentó Elisa, y dijo; siento frio, y es el frio de la muerte.

Alfredo fuera de sí le cogió las manos, y las encontró ya heladas.

¿Me prometes hacer lo que te he pedido? le preguntó Elisa.

Todo lo prometo, pero si mueres Elisa mia, no podré ménos de seguirte.

Arrodillóse de nuevo Elisa, y le dijo; Adios, Alfredo, yo me muero. Dios mio; llamadnos hácia vos... Y espiró sin poder pronunciar mas palabra.

Alfredo la contempló mucho tiempo inmóvil, y por primera vez depositó en su encantadora frente un tierno y casto beso. Levantóse despues de repente como en delirio, la cogió en sus brazos, se dirigió á la casa, atravesó varias salas, y llegando á la habitacion del padre de su amada, que estaba conversando con el abate Anselmo, le presentó el cadáver diciéndole: Sr. de Meudon, ahí tiene V. á su hija la condesa; mande preparar el altar y llamar al futuro esposo.

El desgraciado padre no podía creer lo que estaba viendo; miró un momento á Elisa con ojos desencajados, y se arrojó á estrechar el cadáver entre sus brazos dando gritos espantosos, pidiendo perdón á su hija y arrancándose los cabellos. Alfredo, de pie, veía con placer el tormento de su víctima, y en medio de su propio dolor, se sonreía de observar á otro tan desgraciado como él. Acercóse á él el santo sacerdote, sin dejarse desanimar por sus repulsas, y le dijo: Alfredo, ten compasión de tu enemigo.

¿Yo compasión de él! ¿Por qué no la tuvo el de mí? ¿eres tú sacerdote, el que intercede por él cuando tal vez tendrás una gran parte en mis desgracias? Vete, déjame, ó teme mi furor si me quieres privar del único placer que me resta, que es el de la venganza y el de presenciar el dolor de mi enemigo.

!Desgraciado! acuérdate de Elisa y de los consejos que te daba....

¿Qué dices....? No me recuerdes sus últimos acentos....

Debo recordarte que si no perdonas, estarás separado de ella por toda la eternidad, como lo has estado en la tierra.

¿Qué oigo? ¿Yo separado de mi Elisa por toda la eternidad? ¿Qué quieres que haga?

Arrepentirte del mal que estás haciendo á tu enemigo y abatir tu orgullo.

Alfredo; sin responder, se puso de rodillas junto al cadáver de Elisa, y con los ojos llenos de lágrimas, exclamó: perdóname Elisa; perdona, ángel mío, que tan pronto olvidise mis promesas. Voy á hacer por tí el mayor sacrificio que puede consumir el corazón del hombre, á humillar mi orgullo y abrazar á mi enemigo. Y tú, religión sublime, cónfórtame en tan terrible momento.

Volvióse, y percibiendo al padre de Elisa, que lloraba, fué á arrojarse en sus brazos, y le dijo: perdóname y sé mi padre; pero padre mejor que lo fuistes para mi Elisa. El viejo le abrazó y quería pedirle perdón de rodillas, mas Alfredo no lo consintió, diciéndole, que solo á Dios y á su Elisa debía pedir perdón.

Permaneció al lado de Elisa hasta el momento en que la llevaron á enterrar, y deseó acompañarla hasta la sepultura. Allí quiso arrodillarse y besar la mano al cadáver; mas su corazón no pudo resistir aquel es-

pectáculo, y cediendo á la violencia del dolor, exclamó: «Dios mío; llamadme á vos» y cayó sin movimiento.

Enterráronle al lado de su Elisa, y desde entónces su padre, entregado á la mas profunda aflicción, se retiró totalmente del mundo y fué á terminar sus días en una casa de campo solitaria; el padre de Elisa, arrepentido aunque tarde, de su conducta, se encerró en un convento, donde pasó el resto de su vida entregado á la penitencia, y el abate Anselmo ocupó los pocos años que le quedaron de vida en socorrer á los desgraciados.

EL ESTUDIANTE

DE

HEIDELBERG.

Hace diez años que el pastor de Andertein, en Alemania, conociendo que estaba próximo el término de su vida, se hizo llevar en un gran sillón al pie de una acacia de su jardín, para respirar por última vez el aire puro del campo, y despedirse para siempre del luminoso astro del día. Un joven que estaba arrodillado delante de él, cubría de besos y de lágrimas las desfallecidas manos del moribundo. Despues de haber contemplado seriósamente por largo tiempo al pobre huérfano, á quien iba á abandonar y dejar solo, y sin apoyo en el mundo, pronunció el pastor, con lenta y grave voz, estas interesantes palabras.

Levántate Frantz y ten valor. Hoy cumples 17 años; mañana estarás solo en el mundo; ha llegado el momento de que seas todo un hombre para escuchar hoy lo que voy á revelarte, y para marchar mañana con paso firme en el nuevo mundo que se abrirá delante de tí. Hasta ahora me has amado como se ama á un bienhechor; entre los dos existe un secreto que no puedo llevar á la tumba. Quiero que me llores como llorea un hijo á su padre.... Frantz, tú eres mi hijo!.... y esto que te he dicho, descubre el misterioso velo que cubre tu naci-

miento. Si por revelarte el nombre de tu madre pudiera hacer algo por tu felicidad, ninguna consideracion me detendria; pero al contrario, despertaria en tí ideas quiméricas y quizás te entregaria á tormentos sin fin. Sabe únicamente, hijo mio, que mi vida ha estado sembrada de escollos, como debe probártelo su corta duracion. ¡Dios te libre de semejante destino! Aquí, pero demasiado tarde, en este presbiterio, he encontrado la felicidad. Si deseas ser feliz, como lo he sido yo en el último tercio de mi vida, prométeme consagrarte al culto de nuestra religion. Esta bolsa, hijo mio, encierra toda tu herencia; pero espero que con el auxilio de la Providencia, estos cortos ahorros bastarán para cubrir tus primeras necesidades. Luego que me hayas cerrado los ojos, irás á Heidelberg, donde estudiarás la Teología bajo la direccion de los catedráticos de esta sabia Universidad; y cuando te hayas graduado, entrarás en la carrera que yo acabo de recorrer, y predicarás en la humilde aldea, en el fondo de algun pacífico valle, la doctrina de Lutero.»

Erantz prometió cumplir la última voluntad del moribundo; el pastor espiró después de haber recibido esta sagrada promesa. Vivo y profundo fué el dolor del huérfano, y derramó copiosas lágrimas ántes de decidirse á dejar á Andeirstein, asilo de su infancia y sepulcro de su padre. Una mañana llegó á Heidelberg, á pié, llavando todo su caudal en el bolsillo y todo el equipage en la punta de su baston de peregrino.

Frantz tenia una alma tierna, una imaginacion poética, un carácter obstinado é inquieto que hasta entónces no se habia revelado; pero el ejercicio de la voluntad, la acción de los acontecimientos, la esperiencia de la desgracia y la lucha de las pasiones, debian desarrollarlo pronto y muy completamente.

Tenia cara de muger, largos y ensortijados cabellos rubios, ojos azules, fresco y sonrosado cutis, formas delicadas y finas. Al cabo de dos meses, Frantz no era ya el mismo; el jóven tímido del presbiterio de Andeirstein habia sido reemplazado por el aturdido estudiante de Heidelberg. Al principio habia querido vivir retirado y no tomar parte en los estrepitosos placeres de sus camaradas; pero una noche se dejó arrastrar á la fábrica de cerbeza de la Rosa Blanca; á la media noche habia be-

bido seis botellas de cerbeza y fumado ocho pipas; lo llevaron á su casa enteramente privado. Desde entónces continuó sus caravanas; pero siempre con la moderacion y el aplomo de un hombre aguerrido.

Hallándose un dia leyendo al lado de la ventana, levantó Frantz los ojos por casualidad, y vió, en una ventana de la casa, situada frente por frente de la que él habitaba, una jóven que le miraba de un modo muy particular. Esta muger, á la que veia por primera vez, era admirablemente hermosa; pero habiéndose encontrado sus miradas con las de Frantz, dió un paso hácia atrás, y con su blanca y torneada mano cerró lentamente la ventana.

Frantz no se movió, habia olvidado su lectura y el mundo entero; pero seguia viendo delante de él á aquella muger que habia desaparecido ya. La noche le sorprendió en esta imaginaria contemplacion. Era una especie de sueño, lleno de atractivos; y al despertar, se apresuró á bajar á la habitacion de su patrona; y le hizo con una prudente habilidad las preguntas que las circunstancias reclamaban.

Señora Wolf, dijo el estudiante, nuestra calle es tan estrecha, y la casa de enfrente tan alta y tan negra, que en mi cuarto ya no se vé una hora ántes de ponerse el Sol.

¿De veras? replicó la patrona: os aconsejo que mandeis derribar esa casa que tanto os incomoda.

¿Y por qué no?

Por dos razones: la primera, porque ántes de derribar una casa es preciso comprarla, y yo no creo que vos esteis en disposicion de hacerlo; y la segunda, porque aun cuando tuvieseis bastante dinero para pagarla, el viejo Spiegmann á quien pertenece, no querria vendérsola.

¿Spiegmann decís?

Sí; Spiegmann el banquero, el usurero, Spiegmann, que vende la plata á peso de oro, y el oro á peso de diamantes. Es muy avaro; pero no venderia su casa por cuanto hay en el mundo; porque para él tiene un valor inapreciable; está llena de nichos, trampas y secretos en los que encierra sus tesoros.

Con qué tan rico es?

Mas que el gran duque.

Quisiera ser su sobrino, con tal de que me nombrara su heredero. Está casado?

Es viudo.

¿Tiene hijos?

Una hija.

Ah!... nunca se le vé, ni á su padre tampoco.

El padre sale raras veces, y la hija casi siempre está en casa de una tia suya, en Callsruhe.

¿Es hermosa?

Así dicen.

¿Como se llama?

Raquel.

¿Es nombre de judía?

¿Que quereis que sea? ¿no es hija de su padre, Jonas Isaac Spiegmann, el judío mas judío de todos los judíos?

La naciente pasion de Frantz no podia recibir un golpe mas cruel: ¡se llama Raquel, decia suspirando, y es judía! en efecto, ¡era una horrorosa perspectiva para un ministro futuro de la religion luterana! Frantz fué á pasear su turbacion y su pesar por las ruinas del antiguo castillo de Heidelberg; y al regresar á su casa, dirigió una tierna mirada á la ventana de Raquel. El amor y los escrúpulos de la preocupacion se han reconciliado ya.

No me detendré á pintar al lector las tímidas dulzuras, ni los suaves misterios, ni las tiernas é inocentes primicias de un amor que nace de una ventana á otra y entre dos corazones jóvenes.

De la ventana bajó el amor á la puerta; hubo dos manos que se apretaron dulcemente, y esto hecho, Raquel recibió á Frantz todas las noches en el jardin de la casa de su padre; Spiegmann no podia dividir su vigilancia entre su oro y su hija; se ocupaba demasiado de los ladrones para pensar en los amantes.

Frantz desconfiaba á la vez á sus profesores y á sus camaradas para ocuparse tan solo de Raquel; sus estudios no adelantaban y su caudal, la módica herencia del pastor de Anderstein, disminuía estraordinariamente; de modo que el pobre estudiante se encontró muy pronto reducido á su último escudo.

¿Qué partido le quedaba? Felizmente el amor es previsor.

¡Es tan orgulloso, pensó Raquel, que nunca aceptará mis beneficios!

Felizmente, tambien poseen las mugeres el secreto de saberse manejar muy delicadamente. Raquel sabia toda la historia de su amante; Frantz le habia repetido palabra por palabra cuanto su padre le habia di-

cho. Antes de que el estudiante hubiese consumado su ruina, recibió una bolsa llena de oro y una carta concebida en estos términos.

«Hijo mio: deberes poderosos, y las leyes crueldes de la sociedad, me arrebatan la felicidad de abrirte mis brazos; pero puedo cuidar de tí sin darme á conocer y usará del derecho de protegerte, derecho sagrado que me concede el dulce título de madre. Sé que estás pobre, y que trabajas con ardor, para conquistar una posicion en el mundo. Sigue en tan noble propósito; y yo que soy rica y poderosa no te abandonaré un solo momento. Todos los años recibirás una cantidad igual á la que ahora te envío. Adios, hijo mio; esperemos que algun dia romperá la Providencia las barreras que se elevan entre los dos. Este será el mas feliz de mi vida.—*»

En este tiempo la tia de Raquel cayó peligrosamente enferma, y la joven tuvo que marchar á toda prisa para Callsruhe. Su ausencia duró tres meses, y le costó el corazón de Frantz que otro amor le arrebató.

Cierto baron de Wolbach, despues de haberse arruinado en el juego en Berlin, se estableció en Heidelberg con su hija. Frantz encontró á Carlota de Wolbach en el paseo, y se enamoró de ella á primera vista, como se habia enamorado de Raquel. El baron y su hija procuraban vivir con intrigas; pero un estudiante poco podia dar de sí. Frantz fué desauiciado muy politicamente, y su pasion creció de punto, aguijoneada por el desprecio.

Cuando Raquel volvió de Callsruhe, lo primero que hizo fué avisar á Frantz, y este no pudo prescindir de ir á su casa. No habian aun hablado dos palabras, cuando se presentó de pronto el anciano Spiegmann; Frantz tenia bastante presencia de ánimo, y para esplicar su visita dijo al banquero.

Me he tomado la libertad de presentarme en vuestra casa, para comprar un billete de la lotería de Francfort.

Vale diez florines, replicó Spiegmann.

Aquí están.

Tomad el billete.

Os deseo felicidades.

El judío era astuto. Comprendió que la lotería no habia sido mas que un pretexto; habia concebido ya algunas sospechas y como tenia en ciernes un rico partido pa-

ra Raquel, quiso ponerla al abrigo de toda empresa temeraria, y le manifestó, que se dispusiera para regresar inmediatamente á Carlsruhe. Raquel se arrojó á los pies de su padre y le declaró su amor.

¡Loca! exclamó el anciano, un jóven que no tiene un óbolo! Ni las súplicas, ni las lágrimas pudieron enternecer el corazon de metal del judío. Raquel regresó á Carlsruhe, donde permaneció quince dias. Durante esta segunda ausencia fué Frantz tan cruelmente tratado por la señorita de Wolbach, que cayó en una desesperacion violenta; y para acabar con un dolor que no podia soportar, resolvió suicidarse.

Al entrar en su casa para cumplir tan funesta resolucion, encontró una carta de Raquel, quien habia regresado, aprovechándose de un viage que su padre se habia visto en la necesidad de hacer, Frantz se sirvió de esta carta para encender un brasero, y luego se acostó. Un sueño, que debia ser eterno, cerraba ya sus párpados, cuando de pronto se oyó una musica alegre y estrepitosa, y victorear el nombre de Frantz. El estudiante se levantó y abrió la ventana, salvando de este modo su vida.

La muchedumbre gritaba.—¡Viva el conde Frantz de Rosenthal!

Subieron á la casa, y le dijeron que habia ganado en la loteria de Francfort el soberbio castillo de Rosenthal con sus dependencias, señorío que investia á su propietario del título, de conde y que producía cuatrocientos mil reales de renta.

Frantz se encontró encima de la chimenea el billete premiado.

¡Es particular dijo, creia tener otro número!

Cuando Raquel llegó á casa de su padre, que estaba ausente, el factor recibió una carta de Francfort, que le anunciaba que habia sacado la loteria. El judío Spiegmann habia tomado cien billetes y tenia el premiado.

Raquel pasó inmediatamente á casa de Frantz y cambió este excelente billete por el que tuvo que comprar por sorpresa el pobre estudiante.

Cuando los amigos de Frantz se hubieron retirado, despues de haber colmado de felicitaciones al nuevo conde de Rosenthal, Raquel le dijo.

Ahora amigo mio, eres rico, y mi padre no te negará ya mi mano.

Yo no puedo casarme con una judía, respondió Frantz,

Antes de que esta cruel palabra hubiese sido pronunciada, Frantz habia recibido el castigo de su infidelidad. Su cabeza estaba demasiado débil para pasar de pronto de la desesperacion á la felicidad, de la miseria á la opulencia, del suicidio á todas las magnificencias de la vida ...

El conde Frantz de Rosenthal habia perdido el juicio.

El dia siguiente marchó en posta para su castillo, con el baron de Wolbach y su hija, y desde entonces no se oyó hablar de ellos hasta que un dia se vió llegar á Heidelberg á un pobre loco cubierto de andrajos. Era Frantz á quien el baron y su hija habian echado de sus dominios, despues de haberle despojado segun todas las regla admitidas en derecho. Raquel que llevaba luto por su padre, recibió á Frantz con toda la alegría de una pasion que nada habia podido apagar, y actualmente viven ambos felices en el presbiterio de Audersstein.

Anécdota.

Tuvo noticia el Rey Federico II de que habia dos hermanos en Madrid, que á pesar de vivir juntos, estaban siempre en continua guerra, porque el uno era avariento en extremo, y el otro en extremo envidioso. Habianse referido á S. M. varias particularidades de estos dos sugetos tan sumamente originales y ridiculas, que picaron su curiosidad y quiso conocerlos y experimentarlos. Llamólos en efecto á su presencia y, cuando estuvieron en ella, les dijo.—Tengo entendido que os quereis extraordinariamente y que sois la admiracion de cuantos os conocen, por lo que he pensado recompensaros. Pida uno la gracia que quiera y le será concedida, en la inteligencia de que el otro recibirá la misma gracia doblada.—Los dos hermanos vacilaron; ninguno queria ser el primero en

pedir, porque siendo el segundo en recibir, se llevaba la mejor parte; hasta que, cansado Felipe II, se dirigió á uno, diciendole, pide tú: (era el envidioso.) ¡Qué apuros para el pobre hombre! si pedía dinero su hermano recibiría doble cantidad, y él se vería humillado y otro tanto le sucedería con cualquiera otra cosa que pidiera. De pronto, como si se le hubiese ocurrido una idea luminosa, se echó á los pies del Rey y dijo.— Señor, pido que me mandeis sacar un ojo; y puesto que mi hermano ha de recibir doblada la gracia, supongo que se le sacarán los dos. El avariento interrumpió.—Pues yo, Señor, pido, que me mandeis cortar una pierna, y puesto que mi hermano ha de recibir doblada la gracia, supongo que le cortarán las dos. Sorprendido el Rey, y encolerizado al ver tanta perversidad echó á los dos hermanos de su palacio, y los mandó encerrar para siempre en un convento con destino á los oficios mas humildes.

(De la Esperanza.)

BOLETIN.

COSTUMBRES DE LOS HABITANTES DE MADAGASCAR.—Las mugeres reinan en Madagascar, gobiernan, organizan ejércitos y hasta se destronan entre sí; pero no por eso dejan de ser muy ignorantes. La Reina habita con su corte y sus tropas en Emira, que es la ciudad mas principal de Madagascar. El ejército de la Reina se compone de 500 á 600 soldados, hijos del país, y mandados por algunos oficiales ingleses. El gobierno frances tiene en Santa Maria de Madagascar un gobernador y tropas que releva muy á menudo, porque la muerte los diezma desapiadadamente, y hace

mas estragos entre ellos que en ningun otro país. El marido actual de la Reina de Madagascar es el primer Rey de esta isla, que ha concebido la idea de destruir á los otros Reyes, que se negaban á pagar los impuestos de que lo eran tributarios. Ha hecho degollar á unos por medio de la astucia, á otros valiéndose de la fuerza, y muy pocos consiguieron refugiarse en los bosques, donde se baten todavía y forman muchas tribus; cuando se les hacen prisioneros hay que matarlos algunas veces; porque los esclavos, que valian durante el tráfico treinta piastras, no valen en el dia dos, es decir, cuarenta reales.

Las supersticiones, las costumbres y las leyes de Madagascar son muy curiosas por muchos conceptos, y su salvaje legislacion está sujeta á abusos parecidos á los que se han deslizado en la nuestra.

El modo con que se termina un contrato es sumamente original.

Las dos partes contratantes se abren el cuerpo á dos pulgadas del corazon, y se sirven para esta operacion, que debe ser bastante dolorosa, de un instrumento parecido á un raspador, y dejan correr su sangre en un vaso de barro ó de plata. Cuando han recogido el valor de dos ó tres cucharadas, reunen cada uno á la vez esta sangre en un mismo vaso: el primero que se ha sangrado empieza á beber y el segundo acaba. Acto continuo lavan el vaso con un poco de aguardiente, que tambien beben. Aplicanse despues á la llaga una planta reducida á polvo, que la cierra al instante. Este violento astringente produce el efecto de la piedra infernal. Todos los compromisos de amor y de amistad se practican de este modo; y gracias á esta costumbre, que acusa un resto de barbarie, tienen los hombres y

mugeres casados el cuerpo cubierto de cicatrices.

Los esclavos son los únicos que están escluidos de jurarse fidelidad de un modo tan original; no pueden prestar juramento, y les está prohibido el matrimonio.

La ceremonia del casamiento es muy sencilla. Los ancianos del pueblo en que se verifica, son testigos de la fê jurada; el hombre hace regalos, ofrece perlas, telas y alhajas doradas, y la muger lleva en dote bueyes. Por la magnitud de la cabeza de la novia se viene en conocimiento de la generosidad de su marido; todos los regalos que este le hace, los coloca ella al rededor de su cabeza, que, abultada estraordinariamente por la espesa cabellera que la cubre, presenta un aspecto enorme y algunas veces monstruoso.

La tierra pertenece al que la desmonta, y en el momento en que deja de cultivarla, pasa al dominio público. Ningun hombre se ha atrevido á decir aun en Madagascar: *esta tierra es mia*. Suscitanse con frecuencia contestaciones con motivo de terrenos que no están bien explotados; si el hombre que ha desmontado un terreno y que ha cogido en él una cosecha de maiz, deja pasar un año sin sembrarle, corre el riesgo de ver que sus vecinos se apoderan de él, pretestando que la tierra no está cultivada. El hombre que ha desmontado el terreno, se resiste y trata de conservarle, y de aqui se origina una lucha que nunca se termina sin venir á las manos.

Para evitar estos procesos, con tanta frecuencia repetidos, y que son los únicos procesos civiles que tienen lugar, se acaba de hacer una nueva ley; esta ley fija á tres años el plazo que constituye la falta de cultivo.

Los habitantes de Madagascar son de larga vida y mueren muchas veces sin

saber su edad. Muy pocos saben contar, y solo de algunos años á esta parte se les ha enseñado á calcular en frances é ingles. Los mas de ellos saben leer y escribir; tienen escuelas, y la Reina ha prohibido, bajo penas muy rigorosas, escribir en árabe ó en la lengua del país; deben leer y escribir en frances ó en ingles.

Sus relaciones con los árabes datan de muy antiguo, y nunca podrán ser enteramente destruidas. No tienen moneda perteneciente á su país; parten una piastra por la mitad ó en cuatro pedazos y con frecuencia en fracciones mucho mas pequeñas.

Quando compran tjsúes, los miden á brazas; cuatro brazas valen una piastra, dos brazas media piastra, una braza un cuarto de piastra; y así sucesivamente. Una de las grandes bellezas para estos isleños, consiste en tener los dientes negros.

TRADICIONES ACERCA DE BRUJAS.

—La creencia en brujas no fué desvaneciéndose en Francia sino con mucha lentitud. Bajo el reinado de Carlos VII dominaba casi generalmente. En el proceso manuscrito de Juana d' Arc, que existia en el último siglo en la biblioteca de San Victor de Paris, se dice que se preguntó repetidas veces á aquella jóven heroína, si no habia visto á las brujas, si no les habia hablado, y si no habia concurrido á su frente, y bajo su árbol, cerca de su aldea de Domréns en Lorena. Se concebía comunmente á las brujas, ó como viejecillas disformes y horrorosas, ó bien como mugeres hermosas, sabias en el arte de los encantos y de la adivinacion. Los lemosinos las llamaron *sadas*, y los pueblos de la Marca *feas*, se suponía que habitaban en grutas y rocas, en las cercanías de Doral. En la Baja Marca hay muchas rocas blancas

llamadas por los del país *pedras blancas*, y que se creía que eran la residencia de las brujas. En Berry, y á alguna distancia de Laurai, hay una gruta, que en un tiempo pasaba por habitacion de ellas. Cerca de Sarbois se vé otra, que se llamaba el *sótano de las brujas*. En Perigord hay otra caverna llamada Gluzeau, que se suponía tuviese igual destino. Se creía que tenia cinco ó seis leguas por bajo de tierra, y aun se aseguraba que corrían por ella hermosos arroyos, en medio de salas y aposentos empedrados de mosaicos, con altares y pinturas de diferentes sitios. Las mismas tradiciones habia en el Limossin, Angomois, Laintonge, Poitou y casi toda la Bretaña.

Esto prueba que en donde quiera ha pagado el hombre este tributo de su amor á lo maravilloso, y que nada tienen que echar en cara á España los estrangeros, en punto á estas creencias populares; y particularmente en el día, en que reinan en ellos mucho mas que en nuestra nacion, la fé en las tiradoras de napes, las observaciones supersticiosas del número de convidados en una mesa, de dias áciagos &c. &c. &c.

M. Cochelet, cónsul frances en Alejandria hallándose, hace algunos meses en presencia del virey volvia muchas veces la vista hácia un extremo de la sala, mientras el intérprete transmitia sus palabras á Mehemet-Ali.—¿Qué mirais tan afanoso? le dijo este con su natural aspereza.—Miro vuestro retrato, señor: y á fé que este es el primero que he visto de tan perfecta semejanza.—Pues yo os lo regalo para que lo enviéis de mi parte á vuestra esposa; mi eligie es la de un vejete, y como no podrá daros celos, me complazco en ofrecérsela á Madama Cochelet.

Esta señora, que reside en Paris,

acaba de recibir la espresion del Bajá que es un retrato maguifico y el único que Mehemet-Ali ha consentido se haga de su persona. Todos los profesores y litógrafos de la capital de Francia están haciendo la rueda á la poseedora de la alhaja, para sacar copias de ella é inundar las estamperías y los pasages; pero madama Cochelet defiende su tesoro con valor, porque quiere conservar para sí sola la preciosa muestra de la galanteria del Bajá de Egipto.

Hallándose Bonaparte en el sitio de Tolon, disponiendo una bateria contra los ingleses, cuya construccion procuraban estos estorbar con sns fuegos, se le ofreció espedir una órden y pidió un cabo ó soldado que supiese escribir; presentóse un jóven y escribió lo que le dictaron en el mismo parapeto; así que hubo concluido, una bala de cañon enemiga vino á dar al lado suyo y le cubrió de tierra. «Muy bien, dijo el amanuense sin inmutarse, así escusamos arenilla.»

La frescura con que pronunció estas palabras llamaron la atencion de Bonaparte, quien cobró amistad á aquel jóven é hizo su fortuna. Este era Junot, el cual fué creado despues coronel general de húsares, Duque de Abrantes &c.

Hace ya algunos años, que la mayor parte de los pueblos de Francia parece tener una laudable emulacion en erigir monumentos á los hombres célebres que han nacido en sus recintos. La ciudad del Havre ha querido seguir tambien este noble ejemplo, decidiendo su Ayuntamiento por unanimidad la creacion de una estátua á Bernardino de Saint-Pierre, el inmortal autor de Pablo y Virginia: Este monumento será confiado al cincel de M. David (de Angers.)

Mehemet-Ali ha querido que leyesen últimamente una tradicion del código Na-

poleon, y ha manifestado, al oírlo, una viva satisfacción, mandando se imprima este trabajo. Ha dicho que, á su parecer, Bonaparte no era solamente un gran guerrero, sino tambien un gran filósofo, añadiendo, que desearia ver regir esta legislación en Egipto.

El dia 19 de Abril hubo en Lóndres junta general de accionistas del banco de Inglaterra, en la cual, á petición de uno de ellos, manifestó el director, que el importe total de los beneficios que habia para repartir en este semestre, era de 2.860,285 libras esterlinas (unos 272 millones de rs.) y que en los últimos seis meses habia descontado letras el banco por mas de 40 millones de libras esterlinas (unos 3,800 millones de rs.)

En las bibliotecas que hay en los 86 departamentos de Francia, se ha calculado que existe un total de 3,978,090 volúmenes; de los cuales, hay 1.978,000 solo en las cinco bibliotecas públicas de Paris.

Los periódicos franceses dicen, que el 5 de Abril próximo pasado, á las 9 de la mañana, se botó al agua en el astillero de Cherbourg, el navio de línea de tres puentes, *Friedlan*. Este buque, que es uno de los mayores que se ha construido en Francia, lleva 140 cañones de grueso calibre.

Aviso

IMPORTANTE.

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscritores, que dentro de breves dias tomará una *forma completamente nueva* nuestro periódico, con mejoras tan con-

siderables en la parte material y tipográfica, como en su redacción.

Los obstáculos que hemos encontrado para llenar nuestro propósito, y que habian paralizado en cierto modo la serie de nuestros trabajos, son demasiado fáciles de adivinar, y aun evidentes para que sea necesario explicarlos ni detenernos largamente á hacer nuestra apologia. Baste decir, que nos lisonjamos de haber superado esas dificultades por medios de que procuraremos dar cuenta en nuestro próximo número.

Hemos tratado de ensanchar al mismo tiempo el círculo de publicidad de este periódico, su objeto y sus límites materiales.

Lo publicaremos, pues, en forma mucho mayor; contando con la importante cooperacion de nuevos é ilustrados colaboradores.

Al llevar á cabo nuestro proyecto, hemos fundado, mucha parte de nuestras esperanzas de éxito, en la aprobacion, asi de nuestros actuales como de nuestros antiguos suscritores.

Podemos asegurar con certeza, que quedarán cumplidas plenamente todas las esperanzas de nuestro proyecto.

IMPRESA DE LA REVISTA MEDICA, calle de la Torre, esq. á la del Jardinillo.